

MARÍA CONSTANZA VILLALOBOS ACOSTA  
*Artificios en un palacio celestial. Retablos y cuerpos sociales en la iglesia de San Ignacio. Santafé de Bogotá, siglos XVII y XVIII*

Bogotá: ICANH. Colección Cuadernos Coloniales. 2012. 231 páginas.

La creación de imágenes religiosas en el contexto colonial de Santafé constituyó un mecanismo para la circulación de ideas y discursos, así como para la organización del cuerpo social y la producción de subjetividades. Este es el argumento que María Constanza Villalobos desarrolla en su texto *Artificios en un palacio celestial. Retablos y cuerpos sociales en la iglesia de San Ignacio*. La autora analiza, entonces, la función del arte y de la exhibición de los íconos y las representaciones pictóricas en la iglesia de San Ignacio durante el período colonial.

Villalobos también se pregunta por la relación de los devotos-espectadores con estas escenografías teatrales creadas para la transmisión de las doctrinas cristianas y las ideologías sobre la organización de la sociedad y el cuerpo, que circularon durante los siglos XVI y XVII.

Esta investigación revisa, en primer lugar, el papel de las instituciones religiosas en la organización y mantenimiento de las jerarquías sociales durante la Colonia, así como la incidencia de los símbolos católicos en la producción del cuerpo de los individuos y su proyección sobre el cuerpo colectivo. De ahí que

el interés principal de sus pesquisas sea comprender cómo estaba representado el cuerpo en las imágenes de la iglesia de San Ignacio, construida por la Compañía de Jesús entre 1619 y 1635.

Para ello, en el texto se analiza —desde la historia, la teoría del arte y la semiótica— el conjunto de retablos, pinturas, esculturas, altares y reliquias que componen el teatro de este “palacio celestial” y que permiten dar cuenta de los artificios que se ponían en escena ante los devotos de Santafé, a través de los cuales la Orden de los jesuitas buscaba transmitir a los fieles católicos las devociones, costumbres y prácticas religiosas por medio de las cuales se constituían los cuerpos piadosos y santos.

Dos elementos resultan centrales en la interpretación de María Constanza Villalobos de este aparato simbólico —que buscaba proporcionar a los creyentes una representación material de lo invisible—: 1) la constitución del templo como un lugar de encuentro colectivo, en el que, sin embargo, se ponían de manifiesto las diferencias —de sexo, estatus y raza— de los fieles y 2) la construcción del conjunto artístico con base en el arte

retórico, que buscaba la exposición de un discurso bien elaborado, estructurado según las leyes de la persuasión y la elocuencia pero, en este caso, representado por medio de imágenes.

Esta investigación muestra parte del proceso de creación y mantenimiento de diferentes estamentos en la sociedad colonial de la Nueva Granada, y el papel que tuvieron en su consolidación y permanencia las creencias y las prácticas devotas promovidas por las órdenes religiosas.

Según Villalobos, fueron tres los cuerpos sujetos a la administración y la vigilancia por parte de la Iglesia Católica en la Colonia: el cuerpo social, observado de manera unitaria, pero dividido en estamentos; el cuerpo de la congregación, o de las sociedades pías y comunidades religiosas; y, finalmente, el cuerpo de los individuos, sujeto a la inspección, el control y el ordenamiento religioso.

Esta organización social y política tenía su correlato y su manifestación material en la organización del espacio dentro de la iglesia de San Ignacio y en el tipo de gremios o asociaciones promovidas por la Compañía de Jesús. A cada cuerpo social le correspondía un tipo de asociación según la ascendencia, el oficio, el sexo y la raza con los que se marcaron y clasificaron. Cada congregación se acogía bajo el patronato de un santo o santa y tenía asignada una capilla dentro del templo, que representaba, en conjunto, un palacio celestial. Estas congregaciones tenían entre sus responsabilidades la

celebración de fiestas religiosas, la realización de rezos, oraciones y novenas, la práctica frecuente de la confesión y la comunión, y de otras actividades piadosas y caritativas. Además, se les encargaba del cuidado y mantenimiento de los retablos y altares, y del sufragio de determinados gastos eclesiásticos.

De esta manera, afirma Villalobos, se constituyó un conjunto de prácticas que reforzaban el orden social establecido y que administraban los cuerpos a través del ordenamiento de prácticas concretas, dirigidas al colectivo y a los individuos. En este sentido, se mantenía una visión religiosa de la sociedad y una organización jerárquica sostenida en la autoridad divina.

Pero estas ideas debían reforzarse a través del discurso para que conservaran sus efectos materiales en el ordenamiento de la vida durante la Colonia. Las imágenes debían servir a este propósito, además de apalancar el papel de los jesuitas dentro de la ciudad de Santafé. La autora propone que esto se hizo posible mediante la disposición discursiva de las iconografías sagradas dentro del templo, como representación artística de lo invisible. De este modo se conformó un conjunto de artificios que proyectaban una idea del cielo para los terrenales habitantes de la Nueva Granada.

En este punto, Constanza Villalobos introduce una propuesta novedosa, que desarrollará en varios capítulos del libro: la lectura de las imágenes, pinturas, esculturas y retablos de la iglesia de San

Ignacio como un discurso retórico, elaborado según los artificios de la palabra, edificado a través de *locus*, de escenarios e íconos, que configuraron un *lugar de memoria*, conformando dentro del templo un edificio narrativo. La iglesia de San Ignacio buscaba producir la ilusión de ingresar en otro mundo, en la medida en la que la disposición escenográfica del lugar les contaba a los espectadores una historia condensada en el espacio-tiempo del templo.

La iglesia de San Ignacio es —para Villalobos— un *ars memoria*, un discurso retórico orientado al adoctrinamiento de los fieles, una conmemoración establecida en las imágenes, permanentemente desplegada por ellas. El retablo era la forma de recordar la doctrina, la realización performativa de los acontecimientos sagrados que le otorgaban fundamento a la fe, y el canal para transmitir ideas sobre un *ethos* particular, sobre una manera de habitar en el mundo.

Este poder persuasivo de las imágenes queda demostrado a través de múltiples ejemplos, en los que se presentan al lector las fotografías e ilustraciones detalladas de cada uno de los retablos de la iglesia de San Ignacio, así como de su ubicación dentro del templo. A través de las ilustraciones, el lector logra hacerse una imagen de la composición del lugar y comprender la idea de la disposición de las imágenes con base en el arte de la retórica, que implica la construcción material de un discurso plasmado en el espacio. La

exposición de los íconos, imágenes y pinturas es un rasgo significativo del texto, que permite acercar a los lectores, detalladamente, a cada una de las representaciones artísticas en las que se basan las interpretaciones de la autora.

En la iglesia de San Ignacio, las imágenes siguen el modelo jesuita de la constitución de emblemas para la composición de una visión mística, transmitida por medio del arte a la sensibilidad de los espectadores. La iconografía fue también el mecanismo para afirmar la autoridad y justificar el papel de la Compañía de Jesús como misionera y evangelizadora en el Nuevo Mundo. Por esta razón, las imágenes son ricas en la representación de los santos fundadores de la orden y de sus prodigios y milagros. A su vez, las escenas místicas se construyen con base en los atributos evangélicos de los “santos varones” que propagaron a la Compañía y su misión en los nuevos mundos “descubiertos” por Europa: Asia y América.

El arte religioso de la Compañía de Jesús en la Iglesia de San Ignacio fue también la construcción de un imaginario sobre el papel de los jesuitas y un despliegue de su interpretación de la sociedad neogranadina y del mundo no cristiano en general. Los emblemas de la orden fueron centrales en la composición de las imágenes que le dieron sustento a la labor misionera de esta orden religiosa, misionera y contrarreformista.

Villalobos explica que en el ímpetu misionero fueron claves las personalidades

de san Ignacio de Loyola y, particularmente, la de san Francisco Javier, prototipo del sacrificio y del martirio del predicador. Este último constituyó la imagen de un mártir moderno y se instauró como ejemplo de una vida de sacrificio y entrega para los habitantes de Santafé.

La veneración de imágenes terminó de consolidarse con la instauración del altar de las reliquias, donde se exhibía el sufrimiento de los mártires como ejemplo para persuadir a los creyentes de los beneficios de una vida sacrificada y para alentar las creencias en el poder milagroso de los restos corporales de los santos.

Pero, sobre todo —afirma la autora— la escenografía del retablo donde se exponían las reliquias buscaba producir un modelamiento de los cuerpos cristianos, promoviendo la flagelación física, la mortificación de los sentidos y la privación de las sensaciones. La contemplación de las imágenes tenía por objeto mover a la piedad y al arrepentimiento, para producir cuerpos mártires, donde los mismos creyentes se convertían en sus verdugos.

Sin embargo, las reflexiones sobre la recepción de las imágenes por parte de los fieles santafereños de los siglos XVI y XVII son escasas y, por lo demás, cualquier cosa que se pueda decir sobre el papel de los creyentes en la interpretación de la escenografía y los discursos desplegados en el templo es conjetural, dada la inexis-

tencia de fuentes que permitan explorar sus modos de percepción y apreciación de este ensamble visual retórico. Sin embargo, Villalobos parece no problematizar el posible papel de los espectadores en la recepción de las ideas, imágenes y valores transmitidos por la Compañía de Jesús a través del arte.

Por lo tanto, es necesario continuar indagando sobre la manera como las imágenes se transforman en una subjetividad particular, y sobre la forma como circula la información y se transmiten las ideas por medio del arte. Este texto provee un punto de partida para investigaciones de este tipo y realiza un aporte fundamental al demostrar cómo se utilizan las imágenes, los íconos y las representaciones como dispositivos disciplinarios que actuaban sobre el cuerpo de los individuos.

Finalmente, este recorrido por las formas a través de las cuales la sociedad colonial estableció una administración del cuerpo permite a María Constanza Villalobos establecer una relación compleja entre los artificios del palacio celestial, las imágenes del teatro retórico instaurado como discurso sagrado y las reglas, rituales de interacción y escenificaciones cotidianas que se imponen en la construcción histórica y localizada de los sujetos.

JOHN JAIRO OSORIO

*Universidad Nacional de Colombia*